

En Viaje

(EL MAXIMO DE LECTURA POR EL MINIMO DE PRECIO)



EDICION
MAPINA
Premio
Arte y
Posición,
ción Re-
os Gráfi-
de Chile



El origen de los ritos en homenaje a la Virgen de La Tirana, se remonta a los tiempos de don Diego de Almagro. El 16 de julio es venerada por miles de peregrinos que concurren en variadas comparsas, luciendo, cada grupo, trajes diversos

En el caserío de La Tirana, con una población que la forman unos 40 habitantes, distante unos 70 kilómetros de Iquique, se celebran, el 16 de julio, las festividades de la Virgen del Carmen. Estas fiestas, a las cuales acuden miles de peregrinos, no sólo de Iquique, sino de Antofagasta y demás ciudades vecinas, tienen ritos especiales, que datan desde hace seiscientos años y que conservan íntegra la tradición de ceremonias antiquísimas. Participan en las ceremonias — y esto constituye la parte principal y la que atrae peregrinos — los “bailes”. Los fieles manifiestan, con largueza, su generosidad para con la Virgen. Como número final se realiza una procesión, en la cual es sacada la Virgen, cuyo vestido se encuentra totalmente cubierto de billetes de todo tipo, que los fieles han prendido en sus vestiduras.

El origen de los ritos católico-paganos, en homenaje a la Virgen de la Tirana, se remonta a los tiempos de Diego de Almagro.

Se cuenta que entre los acompañantes que el conquistador traía a Chile, figuraba

La Virgen del Carmen en La Tirana

una princesa incaica, la Ñusta Huillao, hija del príncipe Huillao.

Al fracasar la expedición, los acompañantes se dispersaron. La Ñusta se estableció en el bosque del Tamarugal con un grupo de indígenas, gobernándolos con poderes tiránicos. Los indios recorrían los alrededores para procurarse el sustento. En una de estas expediciones, capturaron al minero portugués Vasco de Almeyda, que logró hacerse perdonar y ponerse al servicio de la Ñusta. Pero él no sólo amansó las iras de la tirana, sino que también la convirtió al cristianismo y conquistó su corazón. Un día los indios los sorprendieron abrazados y, sintiéndose traicionados, los atravesaron con sus flechas.

Años más tarde, un misionero cristiano, Fray Rondón, encontró allí una cruz y erigió una iglesia (1550) en homenaje a la Ñusta Huillao, que más tarde fué consagrada a la Virgen del Carmen.

La leyenda popular ha identificado a la Virgen cristiana con la Virgen incaica, y es por eso que le dan el nombre de La Tirana a la Santa.

En el interior de este bosque de tamarugos, que fué famoso, se encuentra el pueblo de la Tirana, cuya iglesia se convirtió, desde los primeros años de su consagración, en asidua romería de los naturales de los pueblos y sierras inmediatas, en las venas de cuyos pobladores corre sangre coya, que fué la que corrió en las de la sensible y desdichada Ñusta, que le legó su nombre.

Y concurren año tras año, por las fiestas del Carmen, a los términos del caserío, turbas de novenantes, a quienes atrae un imán desconocido.

Llegan las variadas comparsas, que se conocen por “Morenos”, “Chunchos”, “Cuyacas”, “Lameros”, “Chinos”, “Pielas Rojas”, “La Cruz del Calvario”, “Propemareros del Carmen”, y “Bailes de Pastores”, luciendo cada grupo trajes extraños, en los que hay plumas, espejos, cintas, máscaras y otros accesorios.

Estos grupos están compuestos, ya por hombres adultos o por mujeres y niños; no existen grupos mixtos.

Danzan en forma permanente durante la fiesta, haciendo verdaderas representaciones teatrales. La música que los acompaña se emite a través de zampoñas, tambores, cajas y bandas instrumentales. Todo es a pleno rayo del sol pampino y, por consiguiente, bajo una temperatura abrasadora.

Estas cofradías ensayan sus danzas largos meses (4) y están formadas por trabajadores de las salitreras del puerto de Iquique y villorrios de la provincia de Tarapacá. Desde que se tienen noticias de estas agrupaciones, los cantos se han hecho en castellano.

En esta ara cristiana, a la que prestan sombra grupos de árboles, que pertenecieron a la floresta primitiva, hay danzas de alborozo ingenuo y de ardiente y extraña excitación; y hay en ello el recuerdo impreciso de viejos pueblos; hay un dejo indecible de ternura y desconsuelo, como si tornara a vibrar en la fibra de los hijos de estos hijos, el alma de la princesa que en días aciagos, para su linaje y su nación, puso al pie de aquellos muros y de aquella ara, a manera de anticipada piedra angular, su propio corazón enamorado, traspasado por una flecha.